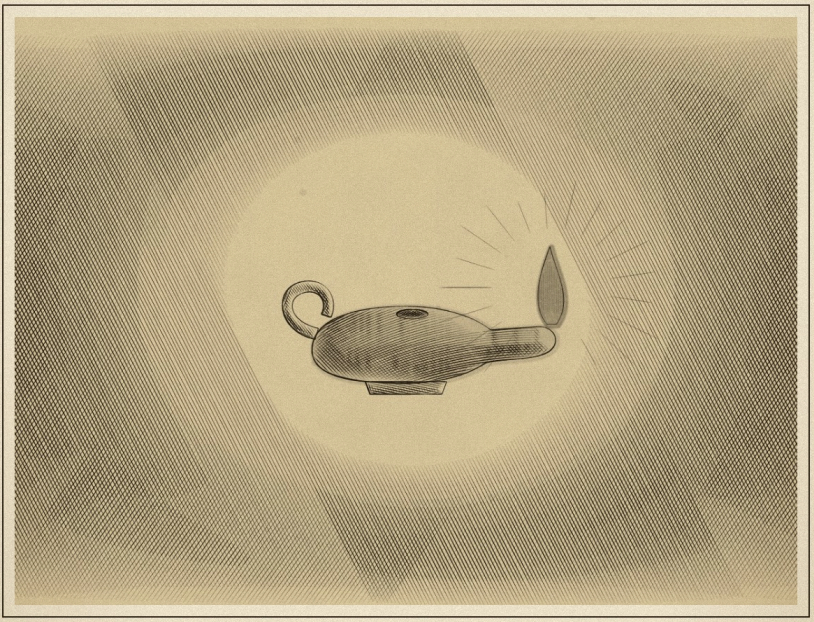
CUENTOS CLÁSICOS

Charles Perrault



La lámpara encendida

MMXXVI

Cuentos clásicos

Charles Perrault

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: traducciones de Teodoro Baró (Caperucita roja, 1883) y de Josep Coll i Vehí (Las hadas y Barba Azul, 1862).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Caperucita roja

Las hadas

Barba Azul

Caperucita roja

En tiempo del rey que rabió, vivía en una aldea una niña, la más linda de las aldeanas, tanto que loca de gozo estaba su madre y más aún su abuela, quien le había hecho una caperuza roja; y tan bien le estaba que por caperucita roja conocíanla todos.

Un día su madre hizo tortas y le dijo: —Irás a casa de la abuela a informarte de su salud, pues me han dicho que está enferma. Llévale una torta y este tarrito lleno de manteca.

Caperucita roja salió enseguida en dirección a la casa de su abuela, que vivía en otra aldea. Al pasar por un bosque encontró al compadre lobo que tuvo ganas de comérsela, pero a ello no se atrevió porque había algunos leñadores.

Preguntola a dónde iba, y la pobre niña, que no sabía fuese peligroso detenerse para dar oídos al lobo, le dijo:

—Voy a ver a mi abuela y a llevarle esta torta con un tarrito de manteca que le envía mi madre.

—¿Vive muy lejos? —Preguntole el lobo.

—Sí, —contestole Caperucita roja—, a la otra parte del molino que veis ahí; en la primera casa de la aldea.

—Pues entonces, añadió el lobo, yo también quiero visitarla. Iré a su casa por este camino y tú por aquel, a ver cual de los dos llega antes.

El lobo echó a correr tanto como pudo, tomando el camino más corto, y la niña fuese por el más largo entreteniéndose en coger avellanas, en correr detrás de las mariposas y en hacer ramilletes con las florecillas que hallaba a su paso.

Poco tardó el lobo en llegar a la casa de la abuela. Llamó: ¡pam! ¡pam!

—¿Quién va?

—Soy vuestra nieta, Caperucita roja —dijo el lobo imitando la voz de la niña. Os traigo una torta y un tarrito de manteca que mi madre os envía.

La buena de la abuela, que estaba en cama porque se sentía indispuesta, contestó gritando:

—Tira del cordel y se abrirá el cancel.

Así lo hizo el lobo y la puerta se abrió. Arrojose encima de la vieja y la devoró en un abrir y cerrar de ojos, pues hacía más de tres días que no había comido.

Luego cerró la puerta y fue a acostarse en la cama de la abuela, esperando a Caperucita roja, la que algún tiempo después llamó a la puerta: ¡pam! ¡pam!

—¿Quién va?

Caperucita roja, que oyó la ronca voz del lobo, tuvo miedo al principio, pero creyendo que su abuela estaba constipada, contestó:

—Soy yo, vuestra nieta, Caperucita roja, que os trae una torta y un tarrito de manteca que os envía mi madre.

El lobo gritó procurando endulzar la voz: —Tira del cordel y se abrirá el cancel.

Caperucita roja tiró del cordel y la puerta se abrió. Al verla entrar, el lobo le dijo, ocultándose debajo de la manta:

—Deja la torta y el tarrito de manteca encima de la artesa y vente a acostar conmigo.

Caperucita roja lo hizo, se desnudó y se metió en la cama. Grande fue su sorpresa al aspecto de su abuela sin vestidos, y le dijo:

—Abuelita, tenéis los brazos muy largos.

—Así te abrazaré mejor, hija mía.

—Abuelita, tenéis las piernas muy largas.

—Así correré más, hija mía.

—Abuelita, tenéis las orejas muy grandes.

—Así te oiré mejor, hija mía.

—Abuelita, tenéis los ojos muy grandes.

—Así te veré mejor, hija mía.

—Abuelita, tenéis los dientes muy grandes.

—Así comeré mejor, hija mía.

Y al decir estas palabras, el malvado lobo arrojose sobre Caperucita roja y se la comió.

Moraleja.

La niña bonita, La que no lo sea, Que a todas alcanza Esta moraleja, Mucho miedo, mucho, Al lobo le tenga, Que a veces es joven De buena presencia, De palabras dulces, De grandes promesas, Tan pronto olvidadas Como fueron hechas.

Las hadas

Érase una viuda que tenía dos hijas. La mayor se parecía en genio y figura a su madre, como se parece un huevo a otro huevo. Madre e hija eran tan intratables y tan orgullosas, que por no verlas se podía andar diez leguas de camino.

La hija menor, vivo retrato de su padre, tanto por su dulzura como por su buena condición era una de las más encantadoras niñas que el sol alumbra.

Como el lobo y la vulpeja ambos son de una conseja, la madre quería a la hija mayor como a las niñas de sus ojos, al propio tiempo que sentía por la menorcita una aversión horrible; tanto, que la obligaba a comer en la cocina y a trabajar día y noche sin descanso.

La pobre niña, amen de mil otros padecimientos e injurias, tenía que ir por agua dos veces al día, a más de media legua de distancia, y volver cargada con un gran cántaro lleno.

Un día, estando junto a la fuente, acercóse a ella una pobre vieja y le pidió de beber.

—De mil amores, señora abuela, contestó la hermosa niña; y lavando el cántaro con mucha gracia, sacó agua del lugar de la fuente en donde más cristalina estaba. Ofreciósela a la vieja, y para que pudiese beber con más comodidad, sostenía el cántaro con su linda mano.

La buena mujer, así que hubo bebido, le dijo:

—Eres tan linda, tan amable, tan buena, que no puedo menos de concederte un don especialísimo.

Es de advertir que la supuesta vieja era nada menos que una hada, la cual, deseando probar hasta dónde llegaría el buen corazón de la hermosa niña, había tomado la figura de una pobre mujer del pueblo.

—Te concedo (prosiguió la hada) el don de que a cada palabra que pronuncies salga de tus labios una flor o una piedra preciosa.

Cuando la hermosa niña llegó a su casa, su madre la regañó mucho, porque había tardado en volver de la fuente.

—Perdone usted, madre mía, dijo la pobre niña, si he tardado tanto.

Y al decir esto cayeron de sus labios dos rosas, dos perlas y dos grandes diamantes.

—¿Qué es lo que veo, Dios de mi vida? exclamó su madre llena de admiración. O yo estoy ciega, o están cayendo de su boca perlas y diamantes. ¿Qué es eso, hija mía? Explícate.

Primera vez que la llamó hija mía.

La pobre niña refirió con singular candor todo lo ocurrido, y al paso que hablaba, iban chorreando sus benditos labios perlas y diamantes.

—Como dos y tres son cinco, dijo la madre. Por vida mía, que he de enviar allá a mi hija. Frasquita, ven: mira, mira lo que sale de los labios de tu hermana cuando habla. ¡Cómo te gustaría poseer este don preciosísimo! ¿no es verdad?

Pues no tienes más que irte a la fuente por agua, y cuando una pobre vieja te pida de beber, ofrecérsela con mucha amabilidad y cariño.

—¿A la fuente yo? Por supuesto. ¡Vaya que sería cosa de ver! dijo la gran bestia.

—Pues yo te mando que vayas, contestó la madre; y vivo, vivo.

Frasquita se fue refunfuñando a la fuente, pero buen cuidado tuvo de llevar el más hermoso jarro de plata que había en casa.

Al mismo instante de llegar, vio salir del bosque a una dama magníficamente vestida, que le pidió de beber. Era la misma hada, que había tomado la figura y el traje de una princesa para probar hasta dónde llegaría el mal corazón de esta muchacha.

—¿Piensa usted que he venido para darle de beber a su señoría? contestó la necia orgullosa. ¡Cabalito! ¡Para eso habré traido sin duda este hermoso jarro! No había caido . ¿Tiene sed? Pues échese de bruces su mercé, y beba hasta que reviente.

—Malas entrañas tienes, contestó la hada sin alterarse. ¡Corriente! Ya que tan amable eres, te concedo el don de que a cada palabra que profieras salga de tus labios una víbora o un sapo.

Así que su madre vio a Frasquita, le dijo:

—¿Qué tal, hija mía?

—¿Qué tal? ¿qué tal? contestó la muy zopenco, y ¡zape! escupió dos víboras y dos sapos.

—¡Válgame la Virgen de las Angustias! exclamó la madre santiguándose. Esto debe ser obra de la pícara de su hermana. Me la pagará.

Y sin encomendarse a Dios ni al diablo, puso a la inocente hermana como nueva, y la solfeó de lo lindo.

La pobre muchacha echó a correr, y se refugió en el bosque cercano.

Encontróla el hijo del rey, que volvía de cazar, y como la viese tan hermosa, le preguntó qué hacía en aquel lugar tan solita, y porqué lloraba.

—¡Ay de mí! señor. Mi madre, vea usted, me ha echado a la calle.

El hijo del rey, que vio salir de su boca cinco o seis perlas y otros tantos diamantes, le rogó que le descifrase aquel misterio. Entónces la muchacha le refirió la aventura desde la cruz a la fecha.

El hijo del rey, enamorado como un tonto, y conociendo que un don de tal calibre, valía mucho más que todo lo que otra novia cualquiera pudiese traerle en dote, se la llevó al palacio de su padre y se casó con ella.

En cuanto a la hermana, llegó a hacerse tan aborrecible, que hasta su propia madre la echó de casa; y la infeliz, después de haber ido de zocos en colodros sin que nadie quisiese ampararla, acabó por dejar los huesos en un solitario rincón del bosque.

Moraleja.

Pueden mucho en los espíritus Los diamantes y doblones;

Pero más pueden, y es justo, Buenas palabras y acciones.

Otra moraleja.

La honradez, bien soberano, Mil disgustos ocasiona;

Pero al fin, tarde o temprano Alcanza digna corona.

Barba Azul

Érase un fulano, que poseía hermosos edificios en la ciudad y en la campiña, vajilla de oro y plata, muebles ricamente entallados, carrozas doradas; pero por males de sus pecados tenía la barba azul, y estaba tan feo y horrible, que todas las mujeres, jovenes y viejas, tocaban soleta al verle.

Una vecina suya, dama de ilustre prosapia, tenía dos hijas como dos luceros. Barba Azul le pidió la mano de cualquiera de ellas, dejándole a elección a su arbitrio. Las muchachas ambas a dos dijeron nones, y de mil amores se cedían el novio, porque ninguna se atrevía a apechugar con un marido barbiazulado.

Mas lo que principalmente les daba mala espina era el ver que el tal novio se había casado ya muchas veces, y que de ninguna de sus mujeres se sabía el paradero.

Barba Azul, buscando ocasión y pretexto para entrar en intimidad con la madre y las hijas, convidó a las tres y a cuatro o cinco de sus mejores amigas, junto con algunos jovenes de la vecindad, a una hermosa casa de campo, en donde pasaron ocho días cabales.

No se empleó el tiempo más que en paseos, en partidas de caza y de pesca, en bailes y banquetes, en juegos y meriendas. Por de contado que nadie pegó los ojos. Pasáronse las noches de claro en claro, dejando al diablo mucha tela cortada.

Y sailó todo tan a pedir de boca, que a la menor de las dos hermanas no le parecía ya tan azul la barba del amo de la casa, y aun se le figuraba que debía de ser todo un hombre de provecho.

Volver a la ciudad y quedar concertada la boda todo fue uno. Cierto día, pasada la luna de miel, dijo Barba Azul a su mujer que un negocio de importancia le obligaba a hacer un viaje, y que estaría ausente sobre cosa de unas seis semanas.

Encargóle que se divirtiese mucho, que convidase a sus amigas, que fuese con ellas a la casa de campo, que nada escasease para darse buen tiempo.

—Toma, le dijo: toma las llaves de los dos armarios, toma la de la vajilla de oro y plata, la de las arcas del dinero, la de las arquillas de la pedrería, y la llave maestra de todas las habitaciones.

Esta pequeñita es la del gabinete que está al extremo de la galería grande del piso bajo. Entra donde te plazca, abre y regisira cuanto se te antoje; pero te prohibo entrar en aquel gabinete. ¿Oyes? Te lo prohibo, y ¡cuidado! porque si te atrevieras a abrirlo... ¡infeliz! nada podría librarte de mi furor.

La muchacha prometió cumplir exactamente las órdenes de su esposo. Después de abrazarla tiernamente, Barba Azul se metió en su carroza y emprendió el viaje.

Las vecinas y las amigas no esperaron que las invitasen, ni se hicieron de rogar. ¡Tan impacientes estaban por ver las preciosidades y tesoros de la casa! Ántes de que se ausentase el marido, ninguna se había atrevido a pisar los umbrales, de miedo que les infundía la consabida barba azul.

Buena prisa se dieron en recorrer las salas, los gabinetes, los guardarropas a cual más lindo. Les faltaban ojos.

Suben luego a las habitaciones en que se guardaban los muebles, y allí eran de ver la hermosura y multitud de tapices, de camas, de sofás, de escritorios, de veladores, de mesas, de espejos de cuerpo en-

tero, cuyos marcos, los unos de cristal, los otros de plata o dorados, eran de lo mas precioso y magnífico que jamás se haya visto.

No cesaban de ponderar y envidiar la suerte de su amiga: la cual hacía poquísimo caso de todas aquellas riquezas, preocupada como estaba, y aguijoneada por el deseo de abrir el gabinete del piso bajo.

Tanto pudo su curiosidad, que sin respeto a lo que la cortesía exigía, dejando a las visitas con la palabra en la boca, se escurrió por una escalera secreta, con tal precipitación y azoramiento, que por dos o tres veces distintas estuvo a pique de romperse la crisma.

Al llegar a la puerta del gabinete, acordándose de la terminante prohibición del marido, y temiendo las resultas de la desobediencia, se detuvo un momento; pero la tentación venció al temor, y no hubo remedio. Echa mano a la llavecita y abre, temblando, la puerta del gabinete.

Al principio no pudo ver nada, porque estaban cerradas las ventanas; al caso de un rato empezó a notar que el suelo estaba lleno de sangre cuajada, en la cual se reflejaban los cadáveres de muchas mujeres sujetadas a lo largo de las paredes.

Eran las esposas de Barba Azul, degolladas una en pos de otra, por el feroz marido. Quedó muerta de miedo, y la llave del gabinete, que acababa de quitar de la cerradura, se le cayó de la mano.

Recobrada algún tanto del susto, cogió la llave, cerró la puerta, y subió precipitadamenie a su habitación para respirar con libertad; pero no pudo dominar su emoción terrible. Como advirtiese que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, dos o tres veces intentó limpiarla, mas en balde: la mancha no quería salir.

Por más que la lavó por más que la frotó con arena y con asperon, la sangre no se quitaba; porque la llave estaba encantada y no había

medio de limpiarla. Cuando la sangre desaparecía de un lado, aparecía en e] otro.

Barba Azul regresó aquella misma noche, y dijo que por el camino había recibido cartas, noticiándole la feliz conclusión del negocio que le sacó de casa. Su esposa le demostró tan bien como pudo, cuánto se alegraba de su pronta llegada.

Al día siguiente Barba Azul pidió las llaves, y su mujer se las entregó con una mano tan trémula, que el receloso marido al instante cayó en la cuenta de lo que había sucedido.

—¿Por qué no traes la llave del gabinete? le dijo.

—No sé, contestó ella. Estará arriba en mi mesa...

—Venga al momento; replicó Barba Azul.

No valieron contestaciones, ni disculpas: no hubo más remedio que subir por la llave.

Barba Azul, después de examinar la llave, le dijo su mujer:

—¿Por qué está manchada de sangre?

—Yo qué sé, contestó la muchacha más pálida que la muerte.

—¿Con qué no sabes? exclamó Barba Azul: pues yo sí lo sé. ¿Quisiste entrar en el gabinete? Bueno, bueno, entrarás en el gabinete, e irás a colocarte al lado de tus compañeras.

La infeliz muchacha se arrojó a las plantas de su marido, hecha un mar de lágrimas, pidiéndole perdón y dando prueba harto manifiestas de cuán arrepentida estaba de haber quebrantado sus mandatos.

Tan hermosa y afligida era capaz de quebrantar una peña; pero el corazón de Barba Azul era más duro que las peñas.

—Señora, le dijo, moriréis, y al instante.

—¿Por qué quieres matarme? respondió ella mirándole con los ojos arrasados en llanto. Concédeme al menos algún tiempo para rogar a Dios.

—Medio cuarto de hora, replicó Barba Azul: ni un minuto más.

Así que se vio sola, llamó a su hermana, y le dijo:

—Mi querida Ana (así se llamaba): por la Virgen santísima, corre, sube a lo más alto de la torre, y mira si descubres a mis hermanos. Me prometieron visitarme hoy. Si les ves, diles por señas que se apresuren a llegar.

Ana subió a lo alto de la torre, y su infeliz hermana a cada instante en alta voz le decía:

—Ana, mi querida Ana, ¿ves algo?

Y la hermanita Ana contestaba: —Nada. Veo el sol que polvorea, la yerba que verdeguea.

Entretanto Barba Azul con un enorme alfanje en la mano, con voz de trueno gritaba:

—Baja al instante, o subo yo.

—¡Por la Virgen de los Desamparados! Un momento, respondía su mujer. Y luego, bajando la voz, repetía:

—Ana, mi querida hermanita Ana, ¿ves algo?

Y la hermanita Ana contestaba: —Nada. Veo el sol que polvorea, la yerba que verdeguea.

—Baja al instante, gritaba Barba Azul, o subo yo.

—Voy, voy, contestaba su mujer. Y luego, bajando la voz, decía:

—Ana, mi querida hermanita Ana, ¿ves algo?

—Veo, contestó Ana, una espesa nube de polvo que se va acercando.

—¡Son mis hermanos!

—No, hermanita mía: no se ve más que un rebaño de ovejas.

—¿Bajas o no, con dos mil de a caballo? gritaba Barba Azul.

—Al momento, al momento, contestó su mujer. Y luego decía por lo bajo:

—Ana, mi querida hermanita Ana, ¿ves algo?

—Veo dos caballeros que vienen hacia acá, pero están muy lejos todavía... ¡Alabado sea Dios! exclamó al poco tiempo: son mis hermanos; y les estoy diciendo por señas que aprieten el paso.

Barba Azul estaba echando sapos y culebras, y gritando tan desaforadamente, que retemblaba todo el edificio.

La infeliz esposa tuvo que bajar, y desgreñada y pálida y anegada en lágrimas se arrojó a los pies de su marido.

—Todo es inútil, exclamó Barba Azul: llegó tu hora.

Mientras con una mano la tenía cogida por los cabellos, con la otra levantaba en alto el alfanje para cortarle la cabeza. La pobre mujer, alzando su frente y mirándole con ojos moribundos, le suplicó que le concediese algunos instantes para recomendar el alma.

—No, no, dijo él: Dios te perdone. Y levantando el brazo...

Al mismo instante llamaron a la puerta con tal furia, que de golpe se quedó Barba Azul suspenso.

De repente ábrese la puerta, entran dos caballeros espada en mano, y arremeten contra él. Conociendo Barba Azul que serían los hermanos de su mujer, dragón el uno, y mosquetero el otro, tomó corriendo las de Villadiego.

Mas de poco le valió la ligereza de las piernas, porque antes de que pudiese llegar al primer peldaño de la escalera, ya los dos her-

manos le habían atravesado el cuerpo con sus espadas, y cayó muerto. La infeliz mujer, casi tan muerta como su marido, no tuvo aliento siquiera para abrazar a sus hermanos.

Vióse luego que Barba Azul no dejaba ningún heredero, y que por lo tanto su mujer quedaba dueña y señora de todas sus riquezas.

Una buena porción de la herencia la destinó para casar a su hermanita Ana con un joven gentilhombre que desde mucho tiempo la amaba; con otra parte de los bienes compró empleos de capitan, para sus hermanos; y lo restante le sirvió para casarse ella misma con un sujeto de excelentes prendas, en cuyos brazos olvidó pronto los malos tratamientos de su difunto y desalmado consorte Barba Azul.

Moraleja.

Si la curiosidad tiene su encanto, Causa es también de llanto.

De la docta experiencia bien lo infiero: Placer tan soso y huero (Perdonen las mujeres).

Es el más baladí de los placeres.

En esperanza inquieta y martiriza, Y al tocarlo deshácese en ceniza.

Por muy barato que un placer tan raro Se llegare a comprar, es siempre caro.

Otra moraleja.

Cualquiera que el teclado Entienda de este mundo y la cucaña, Conocerá que el lance que he contado Pasó en los tiempos de Maricastaña.

No corren ya maridos tan terribles, Ni maridos que pidan imposibles.

Los más fieros, celosos y guapazos Suelen ser unos pobres calzonazos.

Y aunque tengan morada, Verde, amarilla, azul o colorada La barba los follones;

Las mujeres se calzan los calzones.